

In omni scientia.

Pseudónimo: Ernest Görenstein.

I.

La vibración del móvil, con su zumbido inoportuno, rasgó el silencio de la sala. Gabriel, que hasta ese instante se inclinaba sobre la mesa, sumergido en sus lecturas, sufrió el azoramiento de quien ha perturbado un espacio ajeno. Algunas miradas inquisitivas de quienes habían sido molestados sancionaron su descuido.

«Olvidé apagarlo, qué catástrofe», pensó avergonzado.

Revolvió su mochila en busca del teléfono, ahí estaba, entre cuadernos y bolígrafos, con su intempestivo ronroneo. Lo tomó entre sus manos y sintió que su aleteo era el de un pez fuera del agua. Salió de la biblioteca impelido por la urgencia. Ya en el pasillo miró fugazmente la pantalla táctil: el número que se dibujaba en ella le era ajeno. «¿Qué importa?», pensó, y descolgó igualmente.

– ¿Quién es? –dijo.

– ¿Gabriel? ¿Eres Gabriel? ¿Gabriel Reverte?

La voz que lo llamaba era femenina, forzosamente musical, afrancesada, con un minúsculo deje erótico. Por un segundo pensó en una de esas molestas operadoras comerciales y a punto estuvo de colgar, pero decidió dar una oportunidad a su interlocutora por si acaso.

–Sí, soy yo. ¿Quién es?

–Hola, soy Jacqueline, Jacqueline Pinaud, consejera delegada de Editorial Ferrerons. Llamaba para hacerte saber que hemos leído tus poemas y nos han parecido interesantes. Muy interesantes.

El corazón del poeta dio un sorpresivo golpe de timbal.

– ¡Ah! –exclamó todavía incapaz de reaccionar–. ¿Les han gustado, entonces?

–Mucho. Deberías pasar de inmediato por nuestras dependencias. Debemos resolver con urgencia algunos asuntos menores antes de iniciar la distribución de tu obra.

Cierta preocupación esperanzada se removió en su estómago.

– ¿La distribución? Sí, claro, estoy de acuerdo, no sabe cuanto tiempo llevo esperando una propuesta como esta. Pero, ¿debe ser ya? ¿Por qué tanta prisa?

– ¿Ya? ¿Cómo que ya? Claro que ya, *mon cherí*. No te asustes: todos los autores noveles sufrís el mismo impacto cuando contactamos con vosotros por primera vez, es normal. No te preocupes, todo saldrá bien. El *stock* descansa impreso en el almacén,

solo tienes que pasar por nuestras dependencias para concretar algunos pormenores antes de que tu poemario se haga un hueco en las librerías de medio país. Con tu calidad literaria y nuestro saber hacer, el éxito está garantizado.

Éxito. La palabra sonó en sus oídos con una reverberación teñida de irrealidad.

–No sabe cuanto me alegra oír sus palabras –dijo entusiasmado–. Hablamos de *Cobre, veneno y humo*, ¿no es cierto? Creo recordar que fue ese el poemario que les remití hace unos meses.

Aquella voz acaramelada pareció dudar.

–Eh... sí, creo que sí... permítame, cariño, que revise mis apuntes... eso es, *Cobre, veneno y humo*. ¿Vienes o no? Estoy deseando ver tu rostro. Los ojos de alguien que escribe como tú no pueden resultarme indiferentes. Seguro que no. Alguien que describe tan bien el alma de un pueblo, de sus mujeres y hombres, debe tener un carácter muy especial. Intenso pero dulce, seguro. Ven. No tenemos tiempo que perder.

–Está bien –respondió, no sin apuro–. ¿Le parece adecuado que me pase esta tarde? ¿A las cinco, por ejemplo?

– ¿A las cinco? Ni pensarlo, corazón –dijo la voz–. Debe ser ya mismo, no conoces nuestro universo, es todo un circo, estas cosas deben tratarse con la agilidad requerida, de lo contrario se estancan y luego no hay modo de hacerlas fluir, ¿comprendes? Sería una lástima que una obra como la tuya quedase relegada al olvido por un simple retraso administrativo. Debes ser tan guapo... tú no te mereces eso.

–De acuerdo, deme unos minutos, estoy en la biblioteca del alcázar, tal vez en media hora pueda estar con ustedes. Llegaré tan pronto pueda.

–Eso es... tan pronto puedas –dijo aquella voz misteriosa antes de colgar.

Editorial Ferrerons, ¿qué pintaba aquel apellido catalán en pleno centro histórico de Toledo? Se había hecho la misma pregunta meses antes, cuando entre callejas que rezumaban historia encontró por casualidad aquel minúsculo bajo que bien podría haber pasado por una tienda más de *souvenirs* para turistas. Solo sus puertas cerradas, su indescifrable recogimiento al fondo de un pasaje en una ciudad en la que los comercios pugnan por hacerse un hueco en el que exhibir sus mercaderías, lo diferenciaban de un bazar cualquiera. Madera, cristal, piedra y poco más. Un callejón que huele a judería. Un parco cartel que anunciaba su actividad: ¡una editorial! Él, que conservaba como oro en paño sus múltiples poemas inéditos; él, que había gastado en correos lo que no está dicho con la esperanza de que alguien se fijase en su modesta obra.

No tardó en regresar a aquel lugar con sus manuscritos bajo el brazo. Los recogió quien parecía un simple peón de imprenta. Desde entonces nada, ni un escueto acuse de recibo. Y ahora, cuando ya lo había olvidado, repentinamente le comunicaban que una de sus obras ya estaba dispuesta a ocupar estantes de media España.

¡Qué extraño era todo! La urgencia, aquellos halagos a destiempo, la sensualidad de aquella voz desconocida.

Regresó a la biblioteca en busca de sus enseres. Las mesas estaban dispuestas con precisa simetría. Los fluorescentes arrojaban su luz sobre apuntes y libros de texto. Algunos estudiantes parecían muy concentrados. Tomó el volumen que había abandonado a su suerte y acarició su lomo de tafílete. *Arias tristes*, Juan Ramón Jiménez, rezaba su portada. Recogió todas sus cosas, se acercó al mostrador y solicitó el préstamo. La bibliotecaria le dedicó una sonrisa iridiscente.

Gabriel, acalambrado, ni siquiera la percibió. Era tanto su turbamiento que incluso olvidó recoger su carnet de socio. Las ideas se confundían en su cabeza. Aquella mezcla de ilusión, expectativas y angustia se agolpaba en su pecho. Aquellas palabras retumbaban dentro de su cráneo: «debe resolverse ya mismo, estas cosas deben tratarse con agilidad, sería una lástima que tu obra quedase olvidada...»

Salió del alcázar y, mochila al hombro, se precipitó por la cuesta de Carlos V y se adentró en el laberinto de mamposterías. Ni siquiera tomó el autobús. Sus pies se deslizaron a la carrera entre soportales, arcos de medio punto, iglesias, la sinagoga... Alcanzó su destino con el corazón en un puño. Por fin estaba allí, frente a la enigmática puerta de la editorial. Ni siquiera había timbre: sobre la madera, la argolla de una aldaba se descolgaba de la boca de un demonio. El rostro de metal tenía el color del bronce, el bigote abundante, la mirada vacía, el gesto satánico. Gabriel se sintió como un niño cogido en falta. Recuperó el aliento, tomó la anilla y golpeó varias veces sobre el llamador. El metal sonó con sus martilleos.

–Ya va... ya va –contestó, distorsionada por la acústica, la misma voz que le había atendido por teléfono.

La puerta se abrió con un inquietante gruñido de bisagras.

Tras ella apareció Jacqueline.

Tenía la piel nívea, teñida de esa palidez enfermiza que araña el alma de tantos hombres. Era delgada, muy delgada; sin embargo, cierta carnosidad impregnaba sus labios de sugerencias. La seda azabache de sus cabellos se descolgaba hacia hasta perderse en sus espaldas. Vestía elegante y desenvuelta. Bajo el tul traslúcido de su

blusa, los pechos se presumían turgentes. Sus ojos, también negros, caminaban entre la acuosidad y la perversión. Era difícil explicarse esa mezcla de fragilidad y lascivia.

–Soy Gabriel Reverte. Me habéis llamado hace unos momentos –dijo el poeta.

–Hola Gabriel, eres incluso más guapo de lo que había imaginado –dijo la joven, tomándolo de una de sus manos–. Pasa. No sabes el ansia con la que te estaba esperando.

Tiró de él con suavidad y accedieron a una recepción de techos artesonados. Los espacios eran minúsculos, abigarrados. El escenario, al trasluz del mediodía, se teñía de una difusa religiosidad. De un lateral, a través del cristal esmerilado de una puerta, imprecisamente, llegaba el trajín de un taller, pasos, ruidos, un ligero traqueteo. La joven miró a Gabriel con admiración, como quien contempla a su ídolo y a punto está de entrar en éxtasis, durante unos segundos se instaló entre ellos un silencio incómodo, lleno de tentaciones. El poeta, atravesado, masculló algunas palabras torpes:

–En fin, supongo que ahora deberíamos hablar de mi libro, del contrato editorial y esas cosas...

–Tú libro... ¡Ah! Sí. Tu libro –dijo ella como ensimismada–. Claro. Es evidente. Enseguida estarás con el director. Por favor, espera. Permíteme resolver antes algunos asuntos.

Jacqueline se perdió pasillo adentro con un marcado movimiento de caderas. Gabriel se acomodó como pudo sobre el único mueble que había en la recepción: un escabel medieval con asiento de cuero. Pese a los austeros espacios de aquel lugar se sintió insignificante, como si hubiese regresado a su infancia y todo le quedase grande. Desde su posición se entretuvo observando algunas vidrieras que difuminaban la luz, una celosía y un tríptico que representaban figuras deformes. En la pintura, hombres con cabeza de animal arrastraban consigo gigantescos peces, entre algunos abrojos, una religiosa se besaba con un pastor; podía verse un acuchillamiento, un sacerdote entregado a los placeres del vino, monstruos bípedos con cara de roedor y alas de mosca, engendros irreconocibles, algunos humanos desnudos sometidos a la tortura de extraños leviatanes... Hordas de campesinos se agolpaban caóticamente en una especie de purgatorio. Creyó reconocer que se trataba de una reproducción de *El carro de heno*, de Hieronymus Bosch, pero no estaba completamente seguro.

El tiempo, apenas interrumpido por el tenue ajeteo que llegaba de más allá de los cristales, pareció combarse hasta parecer interminable. Los minutos se sucedían lentos y nadie regresaba en su busca. Por momentos pensó que se habían olvidado de él. Hasta

que de la misma puerta de la que llegaba aquella sorda agitación, salió un hombrecillo de apenas un metro de estatura que, sin dejar de silbar una risueña tonada, caminó patizambo hasta llegar a su lado.

–Bienvenido a editorial Ferrerons –dijo el enano sarcásticamente–, el circo donde las cosas nunca parecen lo que son.

Gabriel no cabía en sí de su asombro. Apenas pudo reaccionar.

– ¿Cómo? –preguntó tímidamente.

–Aquí encontrará todo cuanto se proponga: magos, acróbatas, domadores, poetas, literatos, colgados, piratas, canallas... Y a usted mismo, que ya forma parte de nuestro elenco. Eso es, aquí se encontrará a sí mismo.

–Un momento –dijo Gabriel, casi ofendido–. ¿Qué broma es esta? ¿Qué clase de filosofía barata? ¡Encontrarme a mí mismo!, por favor. Soy un escritor serio. ¿Es usted el director? ¿Qué es esa historia de que esto es un circo y de que formo parte de su elenco? Que yo sepa, *todavía* no he firmado ningún contrato.

–Sígueme, por favor –dijo aquella especie de duende–. No soy el director, es evidente, solo soy un empleado más. Se encontrará con él en su debido momento.

Si saber por qué, obedeció. El recién llegado lo acompañó a través de la puerta esmerilada por la que había llegado. Accedieron a un pasadizo que descendía mediante unos escalones húmedos y fríos, pronunciados. La oscuridad, apenas rota por la llama de algunas antorchas, era la de unas catacumbas. Gabriel se vio obligado a plegarse frente a la disminución de los lugares por los que transitaba. Caminaba de lado, con la cabeza agachada, golpeándose de tanto en tanto la cabeza. A través del túnel por el que ambos hombres bajaban, según avanzaban, aquel lejano traqueteo cobraba volumen. La angostura desembocó en una cavidad de roca caliza en la que se asentaba una vieja imprenta. La atmósfera era espesa, irrespirable. Algunos hombrecillos raquíticos, embutidos en sus monos, operaban afanosos en el perímetro de aquella escandalosa máquina. Su trabajo era esforzado, sin respiro.

Gabriel, indignado, protestó:

– ¿Qué ocurre aquí? –dijo irritado–. ¿Qué condiciones de trabajo son estas? Comienzo a pensar que estoy en una especie de secta. Lléveme junto al director de este tinglado, tramitaré una denuncia a inspección laboral.

–Sssss –chistó su acompañante llevándose el índice a los labios–. No los distraiga. Están muy ocupados. Deben ordeñar la mayor cantidad de tinta posible.

– ¿Ordeñar tinta? ¿Qué demonios?

Todo era irreal, desnaturalizado, como si por un inexplicable conjuro, el poeta se hubiese sumergido dentro de un cuadro surrealista. De un costado, salía un túnel. Por él transitaban nuevos desconocidos con aspecto de mineros que vestían uniforme gris con bandas fosforescentes. Sus ojos arrastraban la fatiga de un siglo, toneladas de tristeza impregnada en el iris.

» ¿Se puede saber qué es todo esto? –Insistió el poeta–. ¡Estos hombres tienen derechos! Fíjese en sus rostros demacrados. ¿Qué han hecho con ellos?

– ¡Cállese, por favor! –Respondió el hombrecillo que le acompañaba–. No interrumpa su labor: deben excavar una galería que conduzca al centro de esa biblioteca de la que usted viene.

– ¿A la biblioteca de Castilla-La Mancha? ¿Para qué?

–No haga tantas preguntas, no merece la pena. Ya se lo dije: aquí las cosas nunca son lo que parecen, en el momento oportuno recibirá tantas explicaciones como desee.

Todavía caminaron un buen rato por corredores tenebrosos. Cruzaron puentes que colgaban sobre grietas que se perdían en un abismo sin fondo. Ascendieron y descendieron quebradas, todo se confundía en un laberinto que parecía no tener principio ni fin. Parecía que no existiese el antes y el después.

Por fin atravesaron una escotilla. Accedieron a lo que parecía una nave industrial. Allí estaba, su obra, millares de ejemplares impresos eran distribuidos por cintas transportadoras hasta alcanzar sus extremos. Los volúmenes se deslizaban de mano en mano, algunos trabajadores de cráneo deforme y ojos abultados los empaquetaban y los hacían llegar a un muelle donde decenas camiones esperaban su mercancía.

«Mi libro –pensó el poeta con el alma ingrátida–. Por fin mi libro.»

»Le gusta, ¿verdad? –Dijo el enano que le había conducido hasta allí.

–Sí, me gusta.

–Créame, amigo, ha venido al lugar adecuado. A nuestro lado tendrá todo cuanto desee: reconocimiento, fama, mujeres, éxito. Su vida anterior es solo un pálido reflejo de lo que será a partir de ahora. Solo debe firmar el contrato editorial que nuestro director, en pocos segundos, pondrá frente a usted.

–Pero, ¿por qué? ¿Qué he hecho yo? ¿Por qué soy el elegido? ¿En qué soy diferente a los demás? No entiendo nada.

Su acompañante lo miró con cara de fastidio.

– ¿Por qué insiste en preguntar tanto? –Dijo, y abrió una escotilla de metal que había sobre sus cabezas–. Solo tiene que obedecer. Solo eso. Nada más.

Un rectángulo de luz oblicua cayó a través de la abertura y se proyectó en el suelo.

– ¿Qué es esto? –Dijo el poeta–. ¿Dónde conduce este acceso?

–Y dale –dijo el enano, empalagado–. Su vida es un perpetuo interrogante, no sabe lo tedioso que me resulta. Por favor, suba en mis hombros y encarámese a través de esa entrada que hay sobre nosotros. Es el despacho del director. Obedezca sus instrucciones, es un hombre al que no le gusta ser contrariado.

– ¿Subir sobre sus hombros? ¿Por quién me ha tomado? Jamás le someteré a esa humillación. Yo no soy así.

– ¡Suba de una vez, caramba! –Gritó su guía–. Debo regresar a mis labores.

Gabriel sintió un agujero en el estómago. No obstante, obedeció. No sin dificultad, colocó un pie sobre el hombro del pequeño varón y una mano en el perfil abierto de la escotilla, tiró de sí mismo hacia arriba y descansó el segundo pie en la cabeza del pobre hombre, que se retorció bajo su peso con un gruñido de jabalí. Tomó impulso y con un salto atravesó aquella portezuela.

El nuevo escenario era un laboratorio enorme, desproporcionado, antediluviano. Por todas partes se veían probetas, alambiques, hornos, platos, vasos, jarras, crisoles... Decenas de estantes estaban abarrotados de incunables y algunos de ellos permanecían abiertos sobre atriles de madera. Los muebles, centenarios, estaban llenos de polvo. Reinaba un preocupante desorden.

De un costado, recostada sobre un diván, estaba Jacqueline. Los ojos del poeta se clavaron en ella: vestía un ajustado corpiño de encaje negro traslucido, ribeteado, a través del que se transparentaban sus encantos. Su aspecto era cautivador: la palidez de su piel, los senos pronunciados, aquella fragilidad de adolescente en ebullición, aquellos ojos cuya mirada convocaba al encuentro... Sintió el impulso de abalanzarse sobre ella y acometerla cuando una voz varonil que llegaba de sus espaldas interrumpió su determinación:

– ¡Señor Reverte! Nuestro poeta. ¡El poeta! No sabe cuánto me alegro de su llegada.

Giró sobre sí mismo y vio un hombre de aspecto octogenario que vestía un jubón de terciopelo amarillo, unos calzones con filigranas que se anudaban bajo la rodilla, zapatos de punta pronunciada, haldones y borceguíes. Lucía media melena cana y desbaratada, quevedos redondos, bigote inglés de cúspides horizontales y acusadas. En sus manos sostenía un tubo de ensayo en cuyo interior burbujeaba un líquido verde.

– ¿Quién es usted? –dijo Gabriel.

–El director, claro, Josep Ferrerons, para servirle, ¿quién si no?

– ¿Qué sentido tiene esto? ¿Quiénes son ustedes? ¿Masones? ¿Qué objeto pretende esta extraña organización? ¿Por qué me han traído hasta aquí?

– ¡Ah, señor Reverte! Usted mismo, sin saberlo, es una pieza fundamental de nuestro entramado. ¿Por qué se niega a aceptar su realidad?

– ¿Realidad? ¿Qué realidad? Parezco inmerso en una fantasmagoría.

– ¿No era usted quien reivindicaba en sus poemas el *realismo mágico*?

–Sí. ¿Qué tiene que ver eso?

–Mucho. Usted forma parte de esta fantasía.

Jacqueline se alzó del diván y sinuosa, acarició con su índice, los hombros de Gabriel. Aquel extraño con aspecto de alquimista elevó el tubo de ensayo y lo miró detenidamente al trasluz. Sus ojos, inyectados de sangre, parecían los de un lunático. Ayudado por amplios gestos enfáticos, inició un largo discurso:

»He pasado mi vida aquí, encerrado entre estas cuatro paredes, empeñado en el esfuerzo de sintetizar la piedra filosofal. Jamás abandoné este cuartucho, aquí he comido, dormido e investigado. Llevo décadas sin ver la luz del sol, cientos de noches en vela, todo empeño ha sido poco. Sí, he trabajado con ahínco. He gastado más de medio siglo entre probetas y crisoles; entre cobre y estaño, carbón y fierro, venenos y humo. ¿Comprende ahora? Por mis manos han pasado todo tipo de materiales. Me he provisto de arena del desierto, de roca caliza, de mil especies de hongos y farmacopeas, de inverosímiles metales extraídos del fondo del mar. Esos enanos han trabajado como tales para abastecerme de cuanto les he pedido. Me he dejado todo en este laboratorio: la piel a girones, las mujeres que no amé, los hijos que no tuve, todo. He malgastado mi juventud y mi madurez: me he vaciado en el intento de obtener la piedra que convierte el plomo en oro, que rejuvenece al anciano, que nos hace inmortales. Y sí, he conseguido parte de mi objetivo, pero ¿de qué me sirve convertir el plomo en oro, ahora que mi vida llega a su fin? De nada.

»Tengo riquezas para conseguir cuanto quiera, para publicar tus poemas, hacerte famoso, conseguir que masas de gentes se arrodillen ante ti, si lo deseas. Con mi dinero gozarás la miel de tu juventud. Pero, ¿qué será de mí? No quiero morir tras tanto esfuerzo. Hoy, cuando los años ya pesan en mis articulaciones y huesos, cuando la parca llama a mi puerta y mi tiempo se acaba, he percibido dónde reside la vida eterna. Y tú vas a ayudarme a conseguirla. Sí, tú.

Gabriel, lívido de espanto, con el sudor frío empapando su frente, miraba sin saber bien qué decir. Jacqueline, visiblemente excitada, frotó su cuerpo contra el de él y le

despasó el primer botón de la camisa. El enajenado, indiferente a ellos, articulando los brazos ostensiblemente, continuó su alegato.

» ¿Quién es inmortal?, me pregunté. Y las respuestas llegaron por sí solas: Homero es inmortal, Shakespeare es inmortal, Cervantes es inmortal. Son las palabras quienes nos constituyen como sujetos, no este armazón caduco que es nuestro cuerpo. Solo ellas nos harán perpetuos. ¡Ah, la biblioteca! Esa biblioteca contiene el elixir de la eterna juventud, más de trescientos ochenta mil volúmenes se agolpan en sus estantes: la colección de teatro de Buero-Vallejo, originales que un día pertenecieron al cardenal Lorenzana, literatura, filosofía, ciencia... Todo el saber ha cristalizado entre esos muros de piedra, entre esas arcadas, tejados y bóvedas. Necesito hacerla mía. Y tú eres la llave.

– ¿La llave? No entiendo qué pretende –dijo Gabriel, ya desnudo de cintura para arriba mientras Jacqueline posaba los labios en su cuello.

– ¡Saquearé esas salas! –Dijo el demente–. Robaré, uno a uno, sus libros. Lo tengo todo dispuesto: un equipo de mineros que pronto terminará el túnel por el que accederemos a ella, cientos de enanos que transportaran los ejemplares, una ordeñadora de tinta que extraerá del papel cada palabra impresa. ¡Todo!

– ¿Dejar los libros en blanco? Es inútil –alcanzó a pronunciar nuestro poeta, en plena ebullición carnal. Deleite y pánico se distribuían a partes iguales–. ¿De qué sirve?

–Sintetizaré esos ejemplares en uno. ¿Comprende, mi querido amigo? Usaré la tinta de esos libros, que arrastrará consigo el significado de sus palabras, para crear mi propia obra, un único volumen que contendrá todo el saber escrito: *In omni scientia*, llevará por título, la gran obra de Josep Ferrerons. ¿Se da cuenta, señor Reverte? Mi nombre permanecerá incólume por los siglos de los siglos. Y usted es parte viva de ese proyecto. ¡Seré el Sócrates del siglo veintiuno! Pero antes, firme este contrato, goce de la joven, eso es goce cuanto quiera, ¡qué caderas, por Dios!, pero por favor no se haga de rogar, ¡firmé de una vez este contrato!

El excéntrico de jubón y borceguíes entregó una estilográfica al poeta, que se debatía inútilmente entre los brazos de la mujer. Ambos cuerpos, semidesnudos, se frotaban acaloradamente. Gabriel, que azotado por el pavor y el estremecimiento ya no sabía quien era, tomó la pluma y, sin siquiera leer los papeles, firmó aquel documento.

Cuando la mano de Jacqueline se posó en su virilidad, la habitación pareció desvanecerse. Ya no se sabía qué era cierto y qué fantasía. Como si el mundo se colase por el cuello de un embudo, el poeta cayó en un profundo coma.

II.

El lunes dieciocho de abril de dos mil dieciséis, a las veintiuna horas, ocho minutos y dieciséis segundos, el joven poeta toledano Gabriel Reverte despertó sobresaltado.

–Disculpe, caballero –dijo la señorita que segundos antes había golpeado su hombro con el índice para sacarlo de su soñera–, debe salir. Lo siento, estamos a punto de cerrar.

Le costó un poco situarse, pero no tardó en caer en la cuenta de que estaba en la sala general de lecturas de la biblioteca de Castilla-La Mancha. Apenas quedaba en ella un par de estudiantes que ya se marchaban. Muchos de sus fluorescentes ya estaban apagados. A tan poca luz, tan espaciosa, la estancia tenía un no se qué espectral.

«Me he dormido sobre uno de los libros, qué desastre», pensó. Tomó el ejemplar en sus manos y leyó la portada: *Arias tristes*, Juan Ramón Jiménez. Se sacudió la cabeza para despejar aquella extraña pesadilla.

–Lo siento de veras –dijo por disculparse–. He trabajado mucho en los últimos días y el sopor me ha vencido.

–No pasa nada –dijo la bibliotecaria–. Es más frecuente de lo que usted cree.

Los estudiantes salieron y en la sala solo quedaron la mujer y él. Gabriel, lejanamente, creyó reconocer las facciones de la bibliotecaria, como si sufriese un absurdo *déjà vu*. Recogió a toda prisa sus cosas y se dispuso a marchar. Repentinamente, se oyó un sordo ajeteo bajo la tarima, como si alguien operase bajo ella. Sorprendido, miró a la funcionaria, que cerraba la puerta desde dentro.

« ¿Qué hace? –pensó–. ¡Ah! Debe haber una salida auxiliar por la que abandonaremos la sala, de lo contrario estaríamos encerrados.»

Aquellos ruidos persistían.

– ¿Ha oído eso? –Dijo Gabriel–. Es como si alguien escarbese bajo el suelo.

–Claro que lo he oído, cariño –dijo ella.

« ¿Cariño?»

El piso se quebró. Primero apareció la punta de un pico, que golpeó varias veces desde abajo. Cuando el agujero fue suficiente, a su través asomó la cabeza una especie de minero. Vestía uniforme gris con bandas fosforescentes. Sus ojos arrastraban la fatiga de un siglo. La bibliotecaria caminó ondulada hacia el poeta. Todavía no lo había alcanzado y ya se desprendía de sus ropas. Gabriel tragó saliva. Estaba paralizado.

–Tranquilo, amor –dijo ella, ya semidesnuda–. Me llamo Jacqueline, ¿no me recuerdas? Ven conmigo. ¡Vamos a ser tan felices!